

francesa. No es justo aumentar el dolor de un hombre, que parece que no necesitó sino de los primeros días de la revolución para avergonzarse de los errores y conspiraciones que la habían causado. De quantos sofistas han sobrevivido á Voltaire tal vez ninguno como Marmontel ha procurado separarse mas de los impios, y hecho que se olvidasen los enlaces, que con ellos tenia, siendo así que mas debe á estos su fama, que á sus Incas, Belisario, y cuentos salpimentados de filosofismo. En vano desearia yo pasarlo en silencio, pues las cartas de Voltaire recuerdan al pueblo, que hubo tiempo, y largo, en que este iniciado abochornado hizo otro papel entre los conjurados. Voltaire en aquel tiempo conocia tan bien el zelo de Mr. Marmontel, que pensando que le llegaba su última hora, le recomendó la Harpe. El testamento estaba concebido en estos términos: «Os recomiendo la Harpe quando ya no existirá. *El será una columna de nuestra iglesia.* Será necesario hacerle miembro de la academia. Despues de haber costado tanto, justo es que sea de algun provecho (y).»

La Harpe.

Con el gusto de la literatura, y sus talentos, que á pesar de sus críticas, le distinguen entre los escritores de este tiempo; habria podido ser muy útil; pero desde su juventud lo echó á perder Voltaire. En esta edad muchos piensan que son filósofos solo porque no creen lo que les enseña el catecismo. Aquí se hallaba la Harpe, quando emprendió y siguió la carrera, que le señaló su maestro; y sino llegó á ser columna, á lo menos llegó á ser el trompeta de aquella iglesia que es una congregacion de conjurados impios. La Harpe sirvió de un modo muy particular á esta congregacion por medio del *Mercurio*, periódico famoso en Francia, cuyos elogios, ó críticas semanales decidian casi siempre la suerte de las producciones literarias. Los periódicos del dia nos aseguran que Mr. la Harpe se ha convertido en la carcel, con las instrucciones del Illmo. Señor Obispo de Saint-Brieux. No me causaria esto mucha admiracion; porque por una parte, la vida exemplar

(y) Carta de Voltaire á Marmontel, del 21 Agosto de 1767.

de este prelado, y por otra los resultados filosóficos de la revolución deben hacer mucha impresion en un sugeto, que tiene bastante juicio para cotejar las instrucciones y promesas de sus antiguos maestros, con lo que sus ojos han visto en estos últimos tiempos. Si esta noticia fuese verdadera me habria ocupado en retratar á Mr. la Harpe con la pluma en la mano, que se dedica á sostener la religion, que le ha ilustrado (*).

Los elogios que Voltaire tributaba á aquel *Mercurio periódico* desde que la Harpe era su redactor principal (z), manifiestan, que los gobiernos no se han hecho bastante el cargo del influxo, que tienen estos escritos sobre la pública opinion. Contaba el *Mercurio* con mas de diez mil subscriptores y un número aun mas crecido lo leía. Subscriptores y lectores recibian las impresiones del redactor y poco á poco se transformaban en filósofos ó en impios, que es lo mismo, como el sofista que los publicaba. Los conjurados anti-cristianos conocieron el partido que podian sacar, si llegaban á poderse valer de su publicacion. La Harpe exerció con él su imperio por espacio de bastantes años; Marmontel y Chamfort le comunicaban sus luces, y Remi, que no era mejor que los tres lo habia compuesto antes. Pregunté un dia á este, ¿qué como se habia atrevido á insertar en su periódico un prospecto tan perverso, pérfido y falso de una obra de simple literatura, quando el mismo la habia alabado tanto? Me respondió: este artículo lo ha compuesto un amigo de d' Alembert, y á este debo yo mi periódico, que es decir, mi fortuna. El asunto no paró aqui. El escritor al verse tan injustamente ultrajado queria insertar en el mismo periódico su defensa; pero no le fue posible (**). De esto se puede colegir el partido, que sacaban los

(*) En efecto, se convirtió Mr. la Harpe. Tengo en esta biblioteca su tratado du fanatisme, que es un excelente escrito contra los jacobinos, y en favor de la religion. Lo tengo traducido y tal vez saldrá al público.

(z) Carta á d' Alembert.

(**) Esto mismo ha sucedido ya muchas veces en España, lo hemos visto con el *Diario de Mallorca*, y con la *Aurora*.

sofistas de estos periódicos; y ello es muy cierto, que se vayan de estos medios para dirigir la opinión pública é inclinarla ácia el objeto de su conspiracion. Valiendose del arte de elogiar ó criticar segun y conforme sus intereses, la secta daba ó quitaba el crédito y estimacion á un escrito. Sus periódicos les proporcionaban dos ventajas; una era dar de comer á los escritores de su partido, pues publicando estos, sin economizar alabanzas, y no publicando los de partido contrario, ó llenandolos de dictérios, precisaban en cierta manera á la compra de aquellos, y no de estos.

La otra ventaja era, que publicando solamente los escritos de sus partidarios, derramaban el veneno en toda la sociedad. Ocasión hubo en que los conjurados se valieron de su poderosa proteccion para excluir las personas religiosas de tener parte en los periódicos. Quando se supo, que Mr. Clément debía suceder en este empleo á Mr. Freton, quien habia consagrado su periódico á la defensa de la verdad, Voltaire no reparó en acudir á d' Alembert, á fin de que este recurriese al canceller y prohibiese á Mr. Clément la continuacion del periódico de Mr. Freton (a). Con este artificio los la Harpe de este tiempo aceleraban la conjuracion tanto, ó mas que los sofistas mas activos y escritores mas impíos. El iniciado diarista ó periodista lo proclamaba y distribuía por las esquinas de la capital y hasta los confines de las provincias. El que habria ignorado que hubiese en el mundo tal libro irreligioso ó sedicioso; ó el que no se hallaba en estado de gastar el tiempo, ó el dinero comprandolo, ya se tragaba una buena dosis, solo con leer sus extractos en los diarios, ó periodicos que hacian los redactores sofistas.

Condorcet

Fue un demonio, que aborreció mas á Jesu-Cristo, que todos los iniciados juntos, y aun mas que el mismo Voltaire. Solo con oír nombrar la divinidad se horrorizaba este monstruo, y podia muy bien decirse, que deseaba vengarse de los

(a) Carta del 12 Febrero de 1773.

cielos, porque le habian dado un corazon. Duro, ingrato, insensible, asesino á sangre fria de la amistad y beneficios, si hubiese podido, habria tratado á Dios, del mismo modo que trató al desgraciado Rochefaucault, á quien hizo asesinar. El ateismo en la Metrie, fue tontería, locura en Diderot: pero en Condorcet fue á un mismo tiempo una fiebre habitual del odio y el fruto de su orgullo. Quanto habia en el mundo no era bastante para que Condorcet no creyese que el hombre que creía en Dios fuese bestia. Voltaire que le trató quando aun era joven, no fue capaz de prometer á los conjarados la mitad de los servicios, que en algun tiempo les haria, aunque ya esperaba mucho de él, quando escribió á d'Alembert: "El consuelo que tendré quando yo muera es, que sosteneis el honor de nuestros pobres Welches, y que Condorcet os auxiliará muy bien (b)." Voltaire no fundaba estas esperanzas sobre los talentos de Condorcet, pues no fue capaz para aprender mas que la geometría como se la enseñó d'Alembert, y no tuvo luces para llegar á la segunda clase. Su estilo era tan defectuoso, como de un hombre que no sabia su propia lengua, y sus frases parecian sofismas, que es necesario desenredar para entenderlos. El odio hizo en él, lo que la naturaleza hace en otros. Á fuerza de ocultar sus blasfemias, llegó á contraer el hábito de expresarlas con mas claridad, y solo con esto se puede declarar la notable diferencia entre sus primeros y últimos escritos; diferencia que es aun mas sensible en su ensayo póstumo sobre los progresos del espíritu humano. Ya no se reconoce su pluma en este escrito, á excepcion de muy pocas páginas. Allí se descubre que su espíritu, como en toda su vida; estudios, escritos y conversaciones, todo lo encaminaba al ateismo; pues no tuvo otro objeto que valerse de toda la historia para inspirar á sus lectores todo su odio y frenesí contra Dios.

Ya habia tiempo, que esperaba la caída de los altates, como que habia de ser el espectáculo mas agradable para su corazon; la vió, y la siguió de cerca; pero le sucedió lo que

(b) Carta 101 del año 1773.

al impío errante y vagamundo, pues sucumbió á las congojas, á la miseria y á los terrores de Robespierre. No reconoció la mano que le habia descargado el golpe, pues murió como vivió, y el primer instante de sus remordimientos fue quando vió que los demonios confesaban la existencia de aquel Dios, que él habia negado. Habria querido poderles hacer resistencia y vencerlos, y en medio de las llamas vengadoras, si le hubiese sido posible, habria gritado: *No hay Dios*; pero no pudo, y este tormento es ya para él un infierno. Su odio contra Dios fue tal, que para libertar los hombres del temor de un Sér inmortal en los cielos, esperó que su filosofía los haria inmortales sobre la tierra. Para desmentir á Moysés y los profetas, se alzó profeta de la demencia. Moysés nos manifiesta que los dias del hombre se abreviaban insensiblemente hasta llegar al término que Dios les ha prefixado, y este, nos dice David, que es setenta años, á lo mas ochenta, y mas allá todo es trabajo y dolor (*). Á este oráculo del Espíritu Santo opondrá Condorcet el suyo, y calculando los frutos de su revolucion filosófica, que tuvo su execucion, embiando millares de hombres al sepulcro, añade al símbolo de su impiedad, el artículo de su extravagancia, que dice así: „ Debemos creer, „ que esta duracion de la vida del hombre se ha de aumentar, „ sin cesar, si las revoluciones físicas no lo estorban; pero igualmente ignoramos qual sea el término, que nunca se pasará; tambien ignoramos si las leyes generales de la naturaleza han señalado algun término, que nunca se pueda pasar. ” Así se expresa (c) despues de haber desfigurado la historia á su modo, para hacinar todas las calumnias de su odio contra la religion, y persuadir á que se busque la felicidad en el ateismo. De sofista mentiroso se hizo profeta y prometió estos resultados, quando su filosofía llegase á triunfar. El momento en que esta volcó los altares de la divinidad, fue el que escogió para decir á todos los hombres: De aqui en adelante, el hombre

(*) Salmo 89 v. 10

(c) Esquisse d'un tableau philosophique des progrès de l'esprit humain, époque 10 pág. 382.

feliz verá crecer sus dias, y crecerán tanto, que no se podrá decir, que la naturaleza les ha puesto término; en lugar de creer que hay un Dios eterno en los cielos, el hombre por sí mismo llegará á hacerse inmortal sobre la tierra. De este modo al mismo tiempo en que el filosofismo celebraba sus triunfos, debía el orgullo de la secta verse humillado por la aberracion y extravagancia mas impía del mas querido de los iniciados. La vida de Condorcet no fue mas que un texido de blasfemias, y debia acabar con el delirio. Ya volverá á dexarse ver en estas Memorias, y quando esto suceda, verá el lector, que tanto aborreció á las leyes como á Jesu-Cristo. Ya Helvecio y otros, antes de Condorcet, habian experimentado, que el arte de la secta era muy conducente para inspirar este odio compuesto en los corazones menos dispuestos para tales empresas.

Helvecio.

Este infeliz, hijo de un padre virtuoso, conservaba aun los principios de su buena educacion, y contribuía con frutos de una piedad exemplar, quando tuvo la desgracia de conocer á Voltaire. Al principio solo le miró baxo el punto de vista de un excelente maestro de poesia á la que tenia mucha aficion. Este fue el motivo de enlazarse con Voltaire; pero no podia tratar con un maestro mas pérfido; pues en lugar de liciones de poesia, se las dió de incredulidad, y se esmeró tanto en sus progresos, que al cabo de un año lo tuvo impío consumado y ateo mas resuelto y decidido que él mismo. Helvecio era rico, y por esto fue el *Milord* de la secta, siendo á un mismo tiempo actor y protector. Cesando de creer al Evangelio, hizo lo que la mayor parte de los sofistas, que se llaman *espíritus fuertes*, quienes para no dar fé á los misterios revelados, no solo dan crédito á los misterios mas absurdos del ateismo, sino que se hacen el juguete de una credulidad pueril sobre todo lo que se pueda oponer á la religion. Su libro del *Espíritu*, al que el mismo Voltaire daba el nombre de la *Materia*, está atestado de cuentos ridículos, ó de fábulas, que Helvecio da como si fuesen historias, y que suponen que no tenia conocimiento de la crítica; á mas de que esta es obra

de un sugeto que pretendia reformar el mundo, valiéndose para el intento, no tanto del absurdo de su materialismo, como de la licenciosa obscenidad de su moral.

Escribió tambien Helvecio sobre la *felicidad*: pero parece que no supo hallarla. Toda su filosofia se expuso á la censura mas bien merecida; con esto perdió el sosiego, se puso á viajar, y á su vuelta se ocupó en empollar el odio que tenia al clero y á los reyes. Era de natural honrado y de costumbres suaves; pero su obra *del hombre y de su educacion* manifiesta, que el filosofismo habia mudado su carácter; pues se abandonó á las injurias mas groseras y á la calumnia, que excede toda verisimilitud; teniendo valor para desmentir los hechos quotidianos, y de notoriedad pública. Yo habria querido poder aliviar á Helvecio de la carga de este escrito póstumo, pues me parecia produccion de aquella *junta de comision* de que hablaré en el capítulo 17, y que fué el autor de otras muchas impiedades que se atribuyeron á difuntos: pero no me ha sido posible; pues Voltaire habla de ella á los iniciados de Paris, como de una obra que podia no serles conocida, siendo así que si hubiese sido parto de aquella comision, por precision la habia de conocer. Á mas de que Voltaire en tres cartas consecutivas la atribuye constantemente á Helvecio, haciendole sobre la historia, las mismas reconvencciones que le hago; y d'Alembert que debía estar mejor instruido, no lo desengaña. Me veo pues en la precision de dexar para Helvecio toda la infamia del citado escrito. Debo añadir, que Helvecio escribió en Paris, en donde el Arzobispo y los pastores eran muy dignos de atencion por su cuidado y caridad con los pobres. En esta misma ciudad estaban los curas siempre rodeados de pobres y ocupados en distribuirles socorros. Sin embargo en esta misma ciudad se atrevió á escribir, que los sacerdotes tenían el corazón tan duro, que nunca se veía que los pobres les pidiesen limosna. (Del hombre y de su educacion). No creó que en alguna ocasion el odio á Jesu-Cristo, y sus sacerdotes haya podido inspirar una calumnia mas atroz y mas desmentida cada dia por los hechos, tanto en Paris como en toda la Francia. Con mas verdad ha-

bria dicho, que muchos pobres acudian á los sacerdotes, ó á los conventos porque no tenían la misma confianza para pedir limosna á otros.

Otros literatos impios.

Ya he hablado de Raynal; no creo que deba resucitar á Delisle, ya tan sepultado en el olvido como su *filosofia de la naturaleza*; de Robinet y de su libro de la *naturaleza*, ya no hay quien se acuerde sino para reir al ver que explica su entendimiento por las *fibras ovals*, su memoria por las *fibras hendeadas, ó espirales*, su voluntad por las *fibras torneadas*, su placer y dolor por *manojos de sensibilidad*, su erudicion por sus *protuberancias de entendimiento*, y otras mil ineptias, aun peores, si es posible (d). Diré una palabra de Toussaint, porque la suerte de este iniciado manifiesta el estado á que llegó el ateismo entre los conjurados. Toussaint se habia encargado de corromper las costumbres, y afectando un carácter de moderacion lo consiguió, enseñando á la juventud que *nada habia de temer del amor*; que esta pasion no podia hacer otra cosa que perficionarlos; que ella sola basta para suplir el título de esposos en el comercio de los dos sexos; (e) *que los hijos no deben mas reconocimiento á sus padres por el beneficio del nacimiento, que por el vino de Champaña que han bebido, ó por los minuets, que han querido bailar*; (f) que no pudiendo Dios ser vengativo, los hombres mas malos nada tienen que temer de quanto se dice de los castigos del otro mundo (g). Con toda esta doctrina Toussaint no fue para sus cofrades sino un iniciado tímido, porque admitia aun un Dios en el cielo, y una alma en el hombre; los sofistas le castigaron esta cobardía con llamarle el *filósofo capuchino*; pero Toussaint lo acertó mejor, pues despidiéndose de ellos, retractó sus errores (h).

(d) De la nature, tom. 1. liv. 4. chap. 11.

(e) Les Mœurs, part. 2. et 3.

(f) Allí mismo part. 3. art. 4.

(g) Allí mismo part. 2. sect. 2.

(h) Veanse sus explicaciones sobre el libro citado (les Mœurs) lua costumbres.

En vano nombraría yo una muchedumbre de otros escritores de la secta. Voltaire dió tanto despacho á sus producciones anti-cristianas, que llegó este género de literatura á ser un recurso, ó suplemento á la fortuna de aquellos miserables escritorillos, que solo se sustentan con las ganancias, que les rinden sus blasfemias. La Holanda, aquel pantano cenagoso, fue el asilo para estos impíos hambrientos. Allí el demonio de la avaricia, que poseía el corazón de algunos libreros, habria vendido por un obolo todas las almas y todas las religiones al demonio de la impiedad. Entre los libreros que daban de comer, por sus blasfemias á estos hambrientos, el mas notable era un tal Marcos Miguel Ray; este tenia á su sueldo á un otro tal Mathurin Laurent, refugiado en Amsterdam, autor de una *teología portátil* y de tantos otros libros recomendados muchas veces por Voltaire, y autor tambien del *Compère Matthieu* (El Compadre Mateo). Este Mathurin tenia otros asociados, á quienes Marcos Miguel pagaba las infamias á tanto la hoja. Voltaire es quien lo dice, y él mismo es quien encargaba se repartiesen estas infames producciones como otras tantas obras de filosofía, que comunicaban nuevas luces al universo (i). Luego veremos que los conjurados añadieron á las prensas de Holanda las de su cofradía secreta, para inundar la Europa de todas las producciones de esta especie. Tanto las multiplicaron y acreditaron, que muchos años antes de la revolucion, casi ya no habia versista ó romancero, que no pagase su tributo á la impiedad y filosofismo. Parecia que el arte de escribir, ó de hacerse leer consistia en las sátiras y zumbas contra la religion, y parecia tambien, que las ciencias que tienen menos enlace con las opiniones religiosas, habian conspirado contra Dios y su Cristo.

La historia de los hombres no era otra cosa que el arte de trastornar los hechos para dirigirlos contra el cristianismo, ó contra la primera de las revelaciones. La física ó la historia na-

(i) Carta al conde d'Argental del 26 Setiembre de 1761. á d'Alembert del 13 Enero de 1768, y á Mr. Desb. del 4 Abril de 1768.

tural tenia sus sistemas anti-mosaicos. La medicina tenia su ateismo; Petit lo profesaba en las escuelas de cirugía. Lalande y Dupuis lo introduxeron en la astronomía, y hubo quien lo llevase á la escuela de gramática. Condorcet, proclamando los progresos del filosofismo, se jactaba de haberlo visto bajar de los tronos del norte á las universidades (k). Los discípulos de esta nueva legislación, seguian á sus maestros y llevaban despues al foro todos los principios, que la habladuría de los abogados debia desenvolver en la asamblea constituyente. Los amanuenses de los procuradores y notarios, los mozos de escritorio de los mercaderes y arrendadores, quando salian de los colegios, parecia que solo habian aprendido á leer para farfollar Voltaire ó Rousseau. De estas escuelas salió aquella nueva generacion literaria, que despues del buen éxito, que tuvieron los sofistas con la expulsion de los antiguos maestros de la juventud, no solo habia de abrir las puertas á la revolucion, sino que habia de ser su principal apoyo, aliado y cooperador. De allí mismo salieron los Mirabeau, los Brissot, los Cara, los Garat, los Mercier, los Chenier y otros. De la misma en fin, toda esa clase de literatos franceses, que abrazaron con entusiasmo la revolucion, y dieron al través con lo mas precioso y amable que tienen los hombres. Es cierto que una apostasía de tanta extension no prueba que las ciencias y las letras son nocivas por sí mismas; pero esta apostasía ha demostrado que los literatos sin religion forman la clase de ciudadanos mas perversa y dañosa. Es verdad, que esta clase no sacó de su seno los Jourdans, y los Robespierres: pero fueron suyos Pethion y Marat, y sus principios, sus costumbres, y sus sofismas concluyeron con producir los Jourdans y los Robespierres, y quando estos devoraban los Bailly, encadenaban los la Harpe, llenaban de espanto á Marmontel, no espantaban, encadenaban, y devoraban sino á sus padres y maestros.

(k) Véase su artificiosa edicion de Paschal, advertencia pag. 5.